

Homilía de Monseñor Crisóstomo en la ordenación presbiteral.

“Dichosos los siervos, que el señor al venir encuentre despiertos: yo les aseguro que se ceñirá, los hará ponerse a la mesa y, yendo de uno a otro, los servirá” Lucas 12, 37.

El Sacramento del sacerdocio es una historia de amor mutuo, es una rama establecida en la vida que es Cristo, cuando más se trabaja más frutos da, es un camino espiritual en donde el novio, Jesucristo, busca el alma de su siervo sacerdote para brillar y fructificar bendiciones, es una Celebración Divina en donde el Espíritu Santo sigue hablando en el corazón del sacerdote verdadero y real.

“Por tanto, que nos tengan los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios” 1 Cor. 4, 1. Estos administradores reciben el poder Sacerdotal del Arzobispo, de Nuestra fe en El Señor Jesucristo, con los fieles, por los fieles, y para los fieles, para llevarlos a la Salvación en Cristo Jesús y a la vida divina.

El señor Jesucristo estableció la disposición que debe tener el sacerdote, que es la administración y responsabilidad, cuando dijo: “¿Quién es, pues, el administrador fiel y prudente a quien el señor pondrá al frente de su servidumbre para darles a su tiempo su ración conveniente? Dichoso aquel siervo a quien su señor, al llegar, encuentre haciéndolo así. De verdad les digo que lo pondrá al frente de toda su hacienda” Lucas 12, 42-44.

El sacerdocio también es un camino lleno de flores y de cruces, es un camino de compromiso. No se convierte en una tarea de los domingos en los santos altares, sino que el sacerdocio es una fuente permanente de bendiciones y flores divinas. Es un viaje con los gloriosos milagros de Cristo mediante los sacramentos sagrados, pero por otro lado es camino donde se aplica verdaderamente la entrega completa a Cristo diciendo “En efecto, yo por la ley he muerto a la ley, a fin de vivir para Dios: con Cristo estoy crucificado: y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí.” Gal. 2, 19-20.

Así, no hay sacerdocio sin compromiso, no hay sacerdocio temporal, no hay sacerdocio sin la Cruz. Tampoco hay sacerdocio ajeno de la tradición y la doctrina de la Iglesia Santa de Dios, sino que el sacerdote guía a los fieles para conservar sin cambio la enseñanza recibida desde el Señor Jesucristo quien solamente a los apóstoles “sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos” Juan 20, 23. Así por ello solo los que recibieron el Espíritu Santo, y no todos, pueden perdonar y atar.

Entregando a los Santos Apóstoles el Espíritu Santo dando el poder, que llega de generación en generación a los servidores de la Iglesia sin cambio diciendo: “Vela por ti mismo y por la

enseñanza; persevera en estas disposiciones, pues obrando así te salvarás a ti mismo y a los que te escuchen.” 1 Tim. 4, 16.

San Pablo sabiendo los tiempos difíciles que vendrían para la fe Apostólica, en los que surgirían nuevas doctrinas, dice “Pero aun cuando nosotros mismos o un ángel del cielo les anunciara un evangelio distinto del que les hemos anunciado, ¡sea anatema!”. La sucesión apostólica, como hizo San Pablo dando ejemplo y fidelidad en la entrega responsable dice “Porque yo recibí del Señor lo que les he transmitido” 1 Cor. 11, 23. Esta sucesión debe ser protegida sin cambio. Nuestra iglesia, como Iglesia Católica Apostólica Siriana Ortodoxa de Antioquia, desde el inicio del cristianismo en Jerusalén y Antioquia conserva su fe, doctrina, principios, costumbres hasta el día de la venida del Señor. Además San Pablo ordena a Timoteo entregar la fe a servidores capaces, dice “y cuanto me has oído en presencia de muchos testigos confíalo a hombres fieles, que sean capaces, a su vez, de instruir a otros” 2 Tim 2, 2.

Así el sacerdocio es un canto de Amor Divino, donde se ordena al sacerdote para una iglesia en movimiento para ofrecer los sacramentos, el catecismo, ser guía espiritual y ayuda permanente para la doctrina de la Iglesia Santa de Dios. Se convierte es un médico que carga las tribulaciones y problemas de los fieles entregándoles el bálsamo de Cristo, sanando con su suplicas y pedidos sus heridas, llevando sus cargas.

Un himno de San Efrén sobre el Sacerdocio dice:

“medite y vi con gran sorpresa, ¡qué grandes son los grados del sacerdocio!

El sacerdote es más grande que los ángeles, y más alto que los luminosos.

Cuando abre la puerta de la iglesia, se abren las puertas del cielo.

Cuando invoca al Espíritu Santo, Él baja y desciende de lo alto.

En el cuerpo de Cristo hay fuego, en el cáliz hay la llama, en el fuego y la llama está el sacerdote y perdona”